

Capítulo 1 — Secuestro

—Siento mucho haber vuelto a casa tarde, cariño
—Neto Glick se disculpó con la esposa mientras cenaban.

—¿Se te olvidó de que queríamos acompañar a tu papá al culto de la noche en El Paste? —preguntó Bonita.

—No. No se me olvidó —contestó el misionero joven—. Simplemente tenía demasiado trabajo.

—Bueno, yo me había alistado y había alistado a Natán también —dijo Bonita—. Y después no llegaste a casa hasta las nueve.

—Lo siento —repitió él—. ¿Te quedaste desilusionada?

—Un poco. No tiene gran importancia. Sólo que era nuestra última oportunidad de ir antes de que nos mudemos. —Ella quitó una hilacha del pañal de

Lleve el rescate solo

Natán—. ¿No es raro que aún no haya pasado tu papá? Por lo común pasa por aquí a las diez.

—Tal vez pasó ya, y no oímos la camioneta — contestó Neto, pasando los dedos por el pelo rubio. Trató de disimular su preocupación para que Bonita no se perturbara. Como lo hacía todas las semanas, su padre había ido a celebrar un culto de predicación en El Paste, una comunidad a diez kilómetros en la montaña. Ahora eran casi las once de la noche. Que Neto sepa, su papá no había regresado.

A Neto no le gustó nada pensar en que su papá estuviera aún en el camino de El Paste. Junto al Volcán El Chingo en la frontera de Guatemala, el camino solitario y polvoroso pasaba a unos metros de la frontera que no tenía barrera. Los bandidos de El Salvador y Guatemala se pasaban de un lado de la frontera al otro para escapar apresamiento. Notorio por el desorden, El Paste no tenía ninguna fuerza policial.

En un esfuerzo de olvidar la idea de peligro, Neto se dirigió de nuevo a Bonita.

—¿Cómo te fue hoy, mi amor?

—Bien —contestó ella—. Y a ti, ¿cómo te fue? ¿Lograste hacer bastante?

Neto asintió con la cabeza.

—Casi terminé la instalación de alambres. A los trabajadores les falta poco para terminar el acabado de las paredes. Debes ver cuán distinta se ve la casa ahora. Si todo avanza tan bien como hoy, podemos mudarnos dentro de una semana o dos.

Bonita miró a todos lados en la casa de adobe que ella y Neto habían compartido por año y medio.

—Costará irnos de aquí —dijo dulcemente—.

Pero estoy ansiosa para establecernos donde sé que Dios quiere que le sirvamos.

El 29 de noviembre de 1992, hacía apenas dos meses, Neto de veintitrés años había sido ordenado al ministerio. La congregación estaba mandando a él y a Bonita a una región lejana del país para ayudar a comenzar una nueva obra misionera.

Neto sonrió.

—¿No dará satisfacción, Bonita, establecernos allá después de tantos meses de indecisión y preparación? Entre más tiempo paso allá, más entusiasmado me siento para mudarnos.

Bonita asintió con la cabeza y sonrió al levantarse para llevar a la cuna al bebé dormido. Dentro de pocos minutos se apresuró a la cocina donde estaba Neto.

—¡Escucha, Neto! —exclamó Bonita—. ¿No es ésa la camioneta que se oye? Pues, se paró aquí. Me pregunto por qué.

Neto se encogió de hombros.

—Quizá mi papá nos quiere decir algo.

Pero cuando Neto abrió la puerta y miró afuera en la noche, vio que no era su papá que venía. En vez de él, corrió a su encuentro un joven salvadoreño.

—¿Qué pasa, Loncho? —llamó Neto.

—¡Ha pasado algo horrible! —dijo Loncho con voz temblorosa.

—¿Qué pasó? —preguntó Neto.

—Nos pararon unos ladrones —Loncho respondió. En tono bajo dijo—: Tienen a tu papá allá en la montaña. Apresaron también a unas de las muchachas. Quieren que lleves cien mil colones allá mañana. Tienes que irte solo. Dicen que si no llegas

Lleve el rescate solo

allá antes de las dos de la tarde, matarán a tu papá.

Neto se estremeció mientras miró fijamente a Loncho. La luz de la luna reveló el miedo y el pavor que acusaba la cara de su amigo.

—¿Qué crees que debemos hacer, Loncho?

—Mira —dijo Loncho en tono muy bajo—, tengo que llevar a casa a todos los que asistieron al culto. Después de eso, iré a avisar a las familias de las muchachas apresadas. ¿Por qué no te vas a contarlo a tu mamá? Esfuéstrate por mantenerla calmada. Volveré tan pronto posible para darte más detalles. Espérame en la casa de tus padres.

Cuando Loncho se había marchado en la camioneta, Neto se volvió a su esposa. Bonita lo había oído todo. Con los ojos muy abiertos y falta de aliento, se lanzó a los brazos de Neto. Esforzándose por mantener la calma, él dijo en tono entrecortado:

—Bonita, tenemos que ir a avisar a mi mamá. No sé cuánto tiempo tendremos que quedarnos con ella. Lleva bastante ropa y pañales para Natán. Vamos a preguntar a tu hermana Julia y a Juan si quieren acompañarnos también.

¿Cómo se lo puedo contar a Mamá? se preguntó Neto al ponerse los zapatos. *¿Cómo puede ella soportar más?*

Capítulo 2 — Conmoción

Juanita volvió a mirar el reloj. Faltaba poco para ser las 11:00 p.m. Arregló con la mano el cabello canoso y se esforzó para olvidar un pensamiento persistente. *¿Por qué tarda tanto Elí en volver de El Paste? El culto termina a las nueve. Por lo común tarda una hora en llegar a casa. Debe haber estado aquí a las diez. Se ha atrasado una hora.*

Trató de consolarse con recordar las otras ocasiones en que se había inquietado por su esposo sin motivo alguno. En los veintiséis años de servir como misionero en El Salvador, habían habido muchas veces en que Elí se había tardado más de lo esperado. Y muchas veces Juanita había temido en lo peor. Pero Elí siempre regresaba con explicaciones lógicas.

Ahora se acordó que hace pocos meses había regresado de El Paste a las 11:00 p.m. Esa vez se